



Alexei Nikolsky/ EFE

Los presidentes de Estados Unidos, Barack Obama, y de Rusia, Vladimir Putin, se estrechan la mano tras alcanzar un difícil acuerdo sobre el desarme químico de Siria el pasado mes de octubre.

MOSCÚ busca su lugar

Las relaciones entre Rusia y EEUU han entrado en una fase de enfriamiento que contrasta con las expectativas surgidas tras el derrumbe de la Unión Soviética

ALGUNOS hablan incluso de una nueva Guerra Fría. O mejor, un emergente panorama estratégico en el que hay que definir lugares y no ceder ni un ápice de terreno. En los últimos años, las relaciones entre Washington y Moscú son correctas pero evidentemente distantes. El problema principal podría ser la falta de credibilidad, pero es obvio que ambas superpotencias militares perciben la mayoría de los problemas internacionales de manera radicalmente distinta, tanto si se refieren a la guerra en Siria, como a

los límites del Ártico. También hay otros como el reciente pacto sobre el programa nuclear iraní que demuestran que sí, se ponen de acuerdo, pero como dos titanes dispuestos a seguir siéndolo y no permitir al otro ni un paso más ni un protagonismo mayor en la foto.

Hay analistas como Andrew Kuchins, del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington, que consideran que la conexión diplomática está en su punto más bajo desde hace décadas. Es una opinión que comparte Ian Bremmer, fundador y presidente de la consultoría so-

bre riesgos globales Eurasia Group, quien considera inevitable el deterioro por los intereses contrapuestos de ambas partes. Para Bremmer, la situación empeorará porque la crisis económica mundial golpeará cada vez más a la economía rusa, y el presidente Vladimir Putin necesita reforzar su popularidad fomentando el sentimiento nacional y la unidad popular en torno a su liderazgo.

Lo cierto es que Rusia continúa siendo el gran obstáculo en la estrategia de dominación global estadounidense, y los intentos de *reset* (reinicio) de las relaciones

Desencuentros como el asilo ruso al ex agente de la CIA Snowden constatan el pulso entre las dos capitales

entre Moscú y Washington han quedado muy por debajo de las esperanzas. Ambos países no han logrado desarrollar un diálogo constructivo fluido en los últimos veinte años, y siguen debatiendo casi los mismos problemas que les separaban a finales de los 80: control de armamentos, cooperación económica y confrontación en cuestiones internacionales.

Aun así, el realismo de las relaciones se impone casi siempre, como ha ocurrido en el acuerdo para la destrucción de las armas químicas sirias; pero en otras ocasiones, las diferencias son evidentes y rozan situaciones que recuerdan el antagonismo de la Guerra Fría, como cuando el presidente norteamericano Barack Obama decidió suspender la cumbre con su homólogo ruso, que debía celebrarse en septiembre de 2013 en el marco de la reunión del G-20 en San Petersburgo.

El motivo fue el asilo político que Moscú decidió conceder al ex empleado de la CIA, Edgar Snowden, quien destacó con datos fehacientes el espionaje cibernético masivo que los Estados Unidos realizan a escala mundial. El asilo temporal a Snowden, reclamado por el gobierno norteamericano por haber sacado a la luz secretos de la Agencia Nacional de Seguridad, causó mucha irritación en Washington, que consideró el incidente «decepcionante», y un motivo para replantearse las relaciones bilaterales, ya un tanto dañadas a causa de las repetidas críticas de Estados Unidos a Moscú por supuestos abusos a los derechos humanos y la deriva autoritaria del gobierno ruso.

POLÉMICO ASILO

La suspensión de la cumbre pareció poner punto final a la idea de borrar el pasado anunciada por Obama para reimpulsar las relaciones entre los dos países, notablemente enfriadas durante el segundo mandato del presidente George W. Bush. «Es necesario —dijo Obama— hacer una pausa para evaluar hacia dónde va Rusia, cuáles son nuestros intereses principales y alibrar la relación». Eso es algo que los rusos entienden y corroboran.

En opinión de Vladimir Berténiy, profesor de política internacional de la Universidad Lomonósov de Moscú, «Es-

tados Unidos nunca vio el reinicio como una cooperación estratégica a largo plazo que garantizara la comprensión mutua. Se trataba básicamente de una agenda concreta que, para la administración estadounidense, estaba cumplida a mediados de 2010. En esas fechas ya se habían firmado los acuerdos sobre la reducción de armas estratégicas y la utilización del corredor aéreo sobre Rusia para abastecer a las tropas norteamericanas y de la Alianza Atlántica en Afganistán, y se había logrado una posición conjunta en la ONU sobre Irán».

el objetivo de resolver el problema de las armas químicas en Siria, para impedir que caigan en manos de terroristas y delincuentes, con consecuencias imprevisibles». Pero el ministro ruso advirtió también que los avances positivos puntuales para el acercamiento de los dos países no garantizan el futuro. «No puedo asegurar —declaró en una entrevista al diario ruso *Kommersant*— que las mejoras aisladas y en ocasiones externas en la relación lleven aparejadas la estabilidad».

El asilo otorgado a Snowden es un episodio que ni Estados Unidos ni Rusia



Consolidar su papel de potencia militar —en la foto paracaidistas rusos desfilan en la Plaza Roja de Moscú el pasado agosto— es fundamental en la estrategia del Kremlin.

Para el politólogo Viacheslav Níkonov, el que Rusia y EEUU se espíen no supone un secreto para nadie. «Nosotros tenemos una organización llamada Servicio Federal de Seguridad (FSB) —comentó— que se dedica exclusivamente a estos asuntos». En la misma línea de opinión, el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Serguéi Lavrov, reafirmó que las relaciones Moscú-Washington mantienen, pese a los altibajos, su relevancia estratégica para la estabilidad internacional. Lavrov insistió en que los desencuentros bilaterales siempre tienen solución. «Ya ven —dijo— lo rápido que nos unió

querían, pero que sin embargo tiene su lógica y resulta indicador de la fragilidad e insuficiencia del entendimiento mutuo. Snowden escogió Rusia porque sabía que desde allí no lo extraditarían. «Los intereses de Rusia, basados ante todo en la colaboración económica, el desarrollo de vínculos comerciales y la actividad inversora, no entusiasman al gobierno de Obama. Y las propuestas que los estadounidenses quisieran negociar con Putin, por ejemplo, moverse hacia el *cero nuclear* y continuar reduciendo las armas atómicas estratégicas, no atraen a Rusia. «El interés recíproco en estas cuestiones



Eric Brindley/EFE

Acuerdo con Irán

EL pacto sobre el armamento nuclear iraní alcanzado el pasado día 24 de noviembre es una prueba más de las nuevas reglas de la diplomacia y una constatación del multilateralismo que se consolida. Y, además, de la importancia de las compensaciones económicas en un mundo en crisis en el que todos buscan beneficios. El acuerdo es, sin duda, fruto de meses de negociación entre Teherán y Washington y de un estudiado y por ambas partes rentabilizado acercamiento entre los presidentes Barack Obama y Hassan Rohaní. Pero se han repartido éxitos y compensado esfuerzos. Suscrito en Ginebra por los ministros de Asuntos Exteriores de Irán, Estados Unidos, China, Rusia, Reino Unido, Francia y Alemania, todo el proceso negociador ha estado coordinado por la Alta Representante de Política Exterior de la Unión Europea, Catherine Asthon.

A grandes rasgos, el acuerdo regula que Irán podrá seguir enriqueciendo uranio pero nunca por encima del 5 por 100, el grado permitido para usos civiles. A cambio, neutralizará las existencias del ya enriquecido al 20 por 100, congelará su capacidad actual para hacerlo y permitirá el acceso sin restricciones a los inspectores de la ONU a sus centrales de Natanz y Fordo. En contrapartida, se aliviarán en unos 7.000 millones de dólares las sanciones impuestas sobre Irán y no se añadirán más. Ahora, tienen un plazo de seis meses para ponerlo en práctica y desarrollar la letra pequeña. Si se materializa, eliminaría la amenaza de la bomba atómica iraní y podría cambiar todo el paisaje de Oriente Próximo. O, mejor dicho, el paisaje de todo el planeta y consolidaría un nuevo *modus operandi* en el que los grandes escollos a la seguridad mundial se debatan entre un grupo de potencias y no con dos únicas superpotencias.

es mínimo», ha comentado Andrei Sidorov, vicedecano de la Facultad de Política Internacional de la Universidad Lomonósov de Moscú. Según esto, ambos Estados divergen en la valoración del potencial existente en el terreno comercial y económico, y siguen actuando influidos por los parámetros de la Guerra Fría. Las relaciones entre Rusia y Estados Unidos —dice Sidorov— abarcan fundamentalmente el ámbito estratégico y de seguridad. Eso hace altamente improbable que Washington aplique algún tipo de sanciones económicas contra Moscú, porque no solo romperían el *statu quo* del pulso que mantienen donde cada cual sabe hasta dónde puede provocar al otro.

DESENCUENTROS

La suspensión de la cumbre de San Petersburgo refleja también que el interés de Estados Unidos por Rusia ha decrecido. China y el área del Pacífico tienen prioridad para Washington. Y puesto que el componente económico de las re-

laciones entre Washington y Moscú no es ahora significativo, los norteamericanos no estarían demasiado interesados en alentar un reinicio que en realidad está muerto desde finales de 2011 y ya cumplió sus objetivos con la condena a Irán en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el corredor aéreo de Afganistán y una adecuación y revisión del desarme nuclear.

El START III (tratado de reducción de armas estratégicas) o Nuevo START se firmó el 8 de abril de 2010 en Praga, y fue ratificado por ambos países en diciembre de ese mismo año y enero de 2011. Este acuerdo, previsto para expirar en 2021 y prorrogable hasta 2026, limita el número de misiles intercontinentales (ICBM) y lanzaderas submarinas para misiles balísticos (SLBM), así como los bombarderos pesados equipados con armamento nuclear, que se rebajan a 700 unidades operativas. Rusia se queja de que a cambio de estas concesiones ha recibido muy poco, y el disgusto se agra-

va por la implantación del sistema anti-misiles instalado por Estados Unidos en Europa, invocando el riesgo de ataques procedentes de Irán o Corea del Norte, algo que Moscú considera no creíble. El Kremlin considera que el sistema está destinado en realidad a bloquear sus propios misiles y debilitar su defensa estratégica, y en consecuencia exige que cualquier negociación para reducir el arsenal atómico incluya la eliminación de redes antimisiles en sus fronteras, algo a lo que Washington se niega.

Especialistas en la política moscovita consideran que la actual confrontación es el resultado de un proceso que se inició con la derrota de la Unión Soviética en la Guerra Fría. Pese al tremendo descalabro, el potencial militar soviético quedó prácticamente intacto y no fue desmantelado, al contrario de lo ocurrido con Alemania y Japón tras la II Guerra Mundial. El hundimiento económico y social de Rusia no le ha impedido seguir siendo una gran potencia en el plano defensivo. Es el único país capaz de mantener con Estados Unidos el principio de destrucción mutua asegurada, y tiene potencial suficiente para producir armamentos avanzados equiparables a los norteamericanos. Además, al ser miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, Rusia conserva derecho de veto sobre cualquier resolución que considere negativa a sus intereses estratégicos, y ha manifestado con claridad que no acepta la hegemonía mundial de Estados Unidos, sino que, al igual que China, aboga por la multipolaridad, sin predominio absoluto de ninguna gran potencia sobre la otra.

Moscú considera que el equilibrio mundial de poderes ha entrado en una nueva fase, y se está configurando un sistema policéntrico en el escenario mundial. La premisa de esta nueva etapa es que ninguna nación, por poderosa que sea, puede resolver por sí sola los problemas globales de la economía y la política. En las situaciones de crisis, la actitud oficial del Kremlin es que hay que atenerse al estricto cumplimiento de las reglas del derecho internacional y de Naciones Unidas, evitando el empleo unilateral de la fuerza. Algo en lo cual — como ocurrió en el caso de la invasión de Irak— los Estados Unidos discrepan, por pensar que la defensa de su seguridad y de sus intereses estratégicos está por



Dmitriy Loshankov/EFE

Rusia quiere consolidar su control sobre la estratégica zona del Ártico. En la foto, mina de carbón de Vorkutá.

encima de cualquier otra consideración. A esto se une la revolución energética que Estados Unidos ha puesto en marcha, y que podría impactar muy negativamente en la economía rusa. Según las predicciones de ciertos expertos, las innovaciones tecnológicas en los métodos de perforación para obtener gas y petróleo permiten el acceso a nuevas y gigantescas reservas, lo que haría de EEUU el mayor productor mundial de petróleo, capaz de alcanzar la autosuficiencia energética en 2035.

Eso permitiría a Washington exportar parte de esas nuevas reservas descubiertas, debilitando así el mercado de una serie de países grandes exportadores de energía, como es el caso de Rusia. Además, hay que contar con el problema que supondría la rebaja drástica en los precios del petróleo por el aumento de las reservas estadounidenses. Una coyuntura que afectaría sobre todo a Rusia, que obtiene más de la mitad de sus ingresos estatales totales mediante la exportación de gas y petróleo.

RECURSOS NATURALES

De momento, en lo que puede ser considerado un intento de aliviar la dependencia europea de los recursos rusos,

Washington ha creado un programa de transferencias de tecnologías avanzadas a países considerados amigos, como Ucrania y Polonia, para ayudarles a explotar nuevas reservas. Ambos dependen del gas natural que les proporciona Rusia a precio rebajado, pero los dos países, al parecer, disponen de importantes reservas de gas de esquisto (también llamado gas pizarra) que podrían reducir esa dependencia, pero su extracción provoca muchas críticas ecologistas.

En el tema energético Rusia ha obtenido una victoria en la batalla económica que se viene desarrollando para controlar las reservas del mar Caspio, al fracasar la construcción del gasoducto *Nabucco*, apadrinado por Estados Unidos. *Nabucco* era un proyecto de 31.000 millones de dólares pensado para limitar la influencia rusa en Asia Central, y debía suministrar 30.000 millones de metros cúbicos de gas anuales a Europa (casi un 10 por 100 de su consumo) sin pasar por los gasoductos rusos, a través de Turquía, Bulgaria, Rumanía y Hungría. Moscú trató de oponerse a este plan, que consideraba trazado en línea con las opiniones de Zbigniew Brzezinski, exconsejero de seguridad nacional, quien en su libro *El gran tablero mundial* postula la idea de que los

Estados Unidos deberían aislar a Rusia, creando inestabilidad en sus países limítrofes, y en especial en los de Asia Central y Ucrania, aprovechando la diversidad étnica y religiosa en esas zonas. En realidad, *Nabucco* era parte de un plan más ambicioso que preveía transportar a Centroeuropa el gas de Turkmenistán o incluso de Irán, pero las circunstancias políticas obligaron a prescindir de esos países y situar el arranque del gasoducto en Azerbaiyán. Rusia reaccionó con rapidez, absorbiendo, por medio de sus corporaciones, todo el gas disponible en Asia Central y el mar Caspio, y creando en 2007 el proyecto del gasoducto *South Stream* para llevar el gas siberiano a Europa a través Bulgaria, Serbia, Hungría, Eslovenia e Italia, sin pasar por la problemática Ucrania. *South Stream* iniciará sus primeros envíos en 2015 y se completará con el gasoducto *Nord Stream*, de 1.222 kilómetros, que conducirá el gas ruso desde Viborg, cerca de la frontera finlandesa, hasta Greifswald, en Alemania, evitando el paso por los países bálticos. Rusia sigue siendo el principal socio de la Unión Europea en el mercado energético, aunque Bruselas considera prioritaria la diversificación de las fuentes suministradoras. En la actualidad,

Algunos analistas creen que en este momento el interés de EEUU se decanta más hacia China y el Pacífico



El veto de Moscú —en la foto un combatiente del Ejército Libre de Siria en Alepo— ha impedido una Resolución que autorice una misión de la ONU en ese país árabe.

Meyssam/EFE

Rusia proporciona a Europa el 80 por 100 del petróleo, el 70 por 100 del gas y el 50 por 100 del carbón.

En un futuro cercano, la mayor parte de la exportación de gas y petróleo rusos —al decir de muchos expertos— estará destinada a atender la incesante demanda de las prósperas economías de Asia, en especial de China. En este sentido, Rusia ha firmado un contrato de 60.000 millones de dólares para suministrar gas a China por un periodo de 25 años. Como alternativa al *Nabucco*, los consorcios occidentales *Axpo* (Suiza), *Statoil* (Noruega) y *E.ON Rubrgas* (Alemania) han decidido construir el gasoducto transadriático TAP (*Trans Adriatic Pipeline*). El TAP, que costará 40.000 millones de dólares, irá desde el Caspio hasta Italia a través de Grecia, Albania y el fondo del mar Adriático, y su terminación está prevista en 2018.

LA CUESTIÓN SIRIA

Rusia cree también que la correlación de fuerzas ha cambiado en Europa durante las últimas dos décadas con la modernización de la capacidad ofensiva de la OTAN y el despliegue de nuevos tipos de armas, lo cual ha perjudicado la estructura de seguridad europea que se consolidó en el pasado con el sistema de tratados para el control de armamentos. En este sentido, Rusia apoya decididamente el Consejo OTAN-Rusia para la detección conjunta de amenazas en fase

temprana y el desarrollo de medidas para neutralizarlas, y considera que la Organización para la Seguridad y Cooperación Europea (OSCE) tendría que reforzar su protagonismo en la construcción de un sistema de seguridad continental. Para lograrlo debería continuarse el camino iniciado en Dublín en diciembre de 2012, con el llamado proceso de *Helwink plus 40*, cuya finalidad es solucionar los problemas de seguridad concretos.

Las profundas divergencias entre

Siria ha demostrado cómo el pragmatismo acaba con las discrepancias

Moscú y Washington han quedado muy claras en el conflicto armado de Siria, aunque las tensiones suscitadas por esta guerra parecen haberse reducido notablemente tras el acuerdo para la eliminación de armas químicas en el país árabe. Las diferencias han impedido a la comunidad internacional desempeñar un papel más activo para acabar con una contienda sanguinaria, con cientos de miles de refugiados, en la que Estados

Unidos y sus principales aliados se han volcado en ayudar con dinero y armas a los rebeldes que pretenden derrocar al gobierno sirio, entre los que se incluyen grupos *yihadistas* radicales. Rusia, por el contrario, mantiene estrechos lazos militares y económicos con Siria desde los tiempos de la Unión Soviética, incluyendo el uso de la base naval de Tartus, y sostiene decididamente al régimen del presidente Basher al Assad. El Kremlin no está dispuesto a dejarlo caer, aunque solo fuera por una cuestión de prestigio y de imagen ante terceros países.

Pese a las tensiones entre Obama y Putin en este conflicto, Washington y Moscú han negociado dar un nuevo impulso a la Conferencia de Ginebra para alcanzar una solución política en la desgarrada Siria. El acuerdo se produjo tras la reunión entre los secretarios de Estado y Defensa de Estados Unidos, John Kerry y Chuck Hagel, y sus equivalentes rusos Sergei Lavrov y Sergei Shoigu, en la que también se acordó un plan de control internacional de los arsenales químicos en Siria, como medida destinada a suspender la acción militar contra Damasco preconizada por Estados Unidos, al difundirse que el ejército sirio había utilizado armas químicas contra los rebeldes. Algo que desmintieron tanto Rusia como el gobierno sirio, alegando que se trataba de una «provocación» urdida para justificar la intervención exterior.

No obstante la gravedad del desacuerdo con respecto a Siria, muchos analistas consideran que el tema de fondo del antagonismo ruso-norteamericano se centra en los aspectos defensivos y el control de armas. En 2011 entró en vigor el nuevo tratado START para limitar el número de ojivas nucleares, pero el presidente Obama desea reducir más el arsenal nuclear en Europa, algo que Moscú considera poco serio mientras Estados Unidos incrementa su propio sistema de defensa antimisiles en Europa en las proximidades de las fronteras rusas. Recientemente, la red antimisiles de la OTAN se ha ampliado con la antigua base aérea Deveselu, en Rumania, a unos 100 km de Bucarest. El dispositivo en este país prevé el despliegue en 2015 del sistema multifuncional antiaéreo *Aegis*, equipado con los *SM-3*.

Moscú ha declarado estar preparado para poner en marcha «fuerzas destructoras preventivas» si Washington sigue

Las islas Kuriles en Japón, el Ártico y el Pacífico son zonas donde pueden surgir tensiones entre Washington y Moscú

adelante con estos planes, y ha reforzado el sistema de alerta de radares en su enclave báltico de Kaliningrado para monitorizar lanzamientos de misiles. Rusia y Estados Unidos han discutido por causa de los sistemas antimisiles desde la época del presidente norteamericano George W. Bush. Washington canceló el proyecto de instalar una red de bases militares en Polonia y la República Checa, y lo sustituyó por un nuevo esquema defensivo en Europa, considerado más completo que el anterior, que incluía cuatro fases, la última de las cuales se ha frenado por problemas presupuestarios. Rusia considera que la red antimisiles en Europa, equipada con misiles interceptores *Standard-3* (SM-3), amenaza sus defensas estratégicas, y exige a la OTAN garantías jurídicas de que este escudo no será utilizado en su contra.

La decisión norteamericana de anular la etapa final del programa antimisiles debería tener un efecto positivo en la mejora de las relaciones con Rusia, aunque algunos analistas opinan que, pese a la cancelación, el sistema completo —capaz de derribar los misiles balísticos intercontinentales rusos— podría ser reactivado sin tardanza en Europa. El Kremlin considera este programa una violación de los acuerdos

firmados entre ambos países, aunque la situación pareció entrar en vías de solución en noviembre de 2010 cuando Rusia y la OTAN, en la cumbre de Lisboa, acordaron colaborar en la defensa antimisiles de Europa. Pero las buenas intenciones quedaron en nada por la renuencia de Estados Unidos a garantizar jurídicamente que el sistema de interceptores instalados en Europa no iría nunca contra las fuerzas estratégicas rusas.

ESCENARIOS

El fracaso del reinicio en las relaciones entre Moscú y Washington, así como la pugna por obtener zonas de influencia

en el mundo, hace que algunos analistas se planteen hipótesis en torno a cuáles podrían ser los escenarios de una posible confrontación militar entre las dos potencias, que se sitúan en Japón, el Ártico y el océano Pacífico. En Japón, principal aliado de los Estados Unidos en Asia, las relaciones con Rusia han empeorado por el conflicto sobre las islas Kuriles (japonesas hasta el fin de la II Guerra Mundial) y la aprobación por el parlamento nipón de una ley que las considera territorio «ocupado».

En la región ártica, los países más importantes de la zona intercambian gestos agrios, en especial Rusia y Canadá. La Comisión de Límites de la Plataforma Continental de la ONU devolvió en 2002

extensión de agua helada, bajo la cual —según fuentes norteamericanas— se almacenan enormes reservas de petróleo, gas natural y otras materias primas. Además, es la ruta más corta entre Europa y el océano Pacífico, lo que se conoce como la Ruta Marítima del Norte, una vía cada vez más navegable debido al cambio climático y los potentes rompehielos, que se prolonga por todo el litoral norte de Rusia y en un futuro próximo tendrá tanta importancia comercial como los canales de Suez y Panamá.

También en el océano Pacífico existen puntos de discordia territoriales entre Moscú y Washington situados en el mar de Bering, que separa Rusia de Alaska, y en el mar de Ojotsk, que Estados Unidos no reconoce como mar interior de Rusia. A estos espacios conflictivos se añade la falta de demarcación en zonas de la plataforma continental del estrecho de Bering, y el hecho de que Estados Unidos no considere la Ruta Marítima del Norte como vía interior de transporte rusa.

Además, aunque ninguna reclamación oficial ha sido hecha sobre el archipiélago De Long, situado en el Ártico siberiano e incluido en la República de Sajá (Yakutia) en el Lejano Oriente de Rusia, la Marina estadounidense anunció en

1882 haber tomado posesión de una de sus islas (Henrietta), descubierta por el explorador norteamericano George W. De Long. El extremo oriental de Siberia, al cual están adscritas estas islas, constituye un inmenso, desértico y remoto territorio, pero podría convertirse en un escenario de conflicto si en algún momento Washington decidiera atizar en él tendencias separatistas encaminadas a la desintegración de la Federación Rusa. Eso es algo que Moscú no toleraría bajo ninguna circunstancia, aunque por ahora tal situación esté mucho más cerca de la política-ficción que de la realidad.

Fernando Martínez Láinez



El sistema antimisiles aliado —en la foto, prueba balística realizada por Corea del Norte en 2010— despierta recelos en Moscú.

la solicitud rusa que pedía la ampliación de su plataforma marítima, y exige pruebas de que las cordilleras submarinas Lomonosov y Mendeléiev (que se prolongan más allá de los límites de la plataforma rusa) pertenecen realmente a la masa terrestre continental. El rechazo de la Comisión de Límites crea más tensión en la zona y podría llevar a un enfrentamiento ruso-canadiense en el que Estados Unidos se vería forzado a intervenir.

Rusia pretende ampliar su territorio en los mares de Barents, Bering y Ojotsk, y en la zona central del océano Ártico, y es consciente de la gran importancia geoestratégica y económica de esta inmensa